

dicaciones que les hace, porque todos experimentan i tienen confianza.

El maestro de talento que explica bien i con claridad los principios, las reglas i la aplicación de los mismos principios, en el mismo lenguaje árido i seco de los libros, en forma dogmática, no conseguirá nunca interesar a los niños, porque no le comprenden, porque no pueden comprenderle cuando se prescinde de las disposiciones del que estudia para atenerse al rigorismo científico o al modo de estudiar del que enseña, porque en la instrucción de los niños no basta dirigirse sólo a la inteligencia. Para interesarles es preciso hacer olvidar la aridez del asunto por el agrado de la forma; que la enseñanza se acerque más a las condiciones de una conversación familiar que a una serie de lecciones monótonas i pesadas para aprenderlas i repetirlas después de memoria sin haberlas comprendido; es indispensable, al dirigirse a la inteligencia, conmover al propio tiempo i ganar el corazón. En esto consiste el secreto de los buenos maestros, i de que a veces los de menos disposiciones obtengan más fructuosos resultados que los de mayor talento e ilustración. El maestro que sabe ganarse las simpatías i el amor de los niños, todo lo encuentra fácil; el que infunde miedo, cuando no aversión, en todo encuentra obstáculos i dificultades, porque los discípulos se cuidan poco de agradarle.

En esta inteligencia, el primer cuidado del maestro consiste en esforzarse por penetrar en el corazón de los niños, hasta dominarlo i asegurar el afecto i confianza. Para ganar el amor de los niños i para que sea duradero, el único medio es el de amarlos de veras. La benevolencia, la estimación, la confianza, el afecto, son cualidades que exigen la reciprocidad, i si el maestro ama puede estar seguro de que será correspondido.

Cuando se ama de veras no hai necesidad de demostrarlo, porque lo revelan los hechos, i las palabras llegan al alma, donde de seguro encuentran eco, por aquello de que el afecto engendra el afecto.

Cuando el maestro se complace en estar entre los niños, cuando se interesa por ellos en todas ocasiones, procurando siempre serles útil, repitiendo una i más veces la explicación que no

comprenden, animándolos en su debilidad, dispensándoles protección cuando la necesitan, comprenderán bien que se les ama de veras i responderán al amor con el amor.

Se dirá que a pesar de amar a los niños, de demostrarlo de todas maneras, no corrigen sus defectos, no ejecutan lo que se les manda, i hacen lo que se les prohíbe, continúan siendo habladores e indisciplinados, como si se complacieran en desobedecer i desagradar. Habrá, en efecto, niños de malas intenciones i tendencias, pero éstos constituyen la excepción. La generalidad serán ligeros, aturdidos, inquietos, olvidarán lo que se les prescribe i tendrán otros defectos propios de la edad, mas no por eso dejarán de corresponder al afecto i la bondad con que se les trate, i moderarán en lo posible los impulsos i tendencias que pueden disgustar. Si no lo hacen, será por no estar persuadidos de que se les ama de veras, en lo que no suelen equivocarse.

El maestro, por su misión, tiene el deber de amar a los niños, i debe amarlos además por ellos mismos. Si un día les trata con afecto i cariño i el día siguiente con dureza, en tono brusco i desagradable, aunque sólo sea con indiferencia; si le irritan la inquietud i travesuras, olvidando que son niños; si le desalientan la falta de capacidad de los unos i la desaplicación de los otros; si le disgusta i desagrada la repetición de las lecciones i la repetición de órdenes i consejos, consiste en que no ama a los niños.

El que los ama sinceramente, los trata con bondad i dulzura, sin que esto excluya la firmeza en los casos necesarios, demuestra con sus cuidados el interés que le inspiran la salud, el bienestar, los progresos en los estudios i en la conducta moral de todos ellos, i que no le es indiferente nada de cuanto a los mismos se refiere. De este modo es seguro que los mismos niños reconocerán que se les profesa verdadero afecto, i con insignificantes excepciones, que no sorprenderán a los que tienen alguna experiencia, responderán con usura a sus cuidados.

Conseguido esto, el maestro ha facilitado considerablemente su tarea i dirigirá la escuela sin grandes esfuerzos, porque los

discipulos, con las excepciones indicadas, para lo que deberá estar advertido, procurarán complacerle, sometiéndose con gusto a sus órdenes, i asistirán contentos a la escuela, donde todo se dispone en su provecho, donde no se perdona medio de suavizar la aspereza del estudio i de hacer agradable la permanencia en ella. «El precepto del amor, dice Fenelón, lejos de ser una sobrecarga de los demás preceptos, los hace más dulces i ligeros. Lo que se ejecuta por temor es siempre enojoso, duro, penoso, insoportable. Lo que se hace por amor, voluntariamente, aunque afecte con rudeza a los sentidos, es siempre dulce. El deseo de agradar al que se ama, contribuye a que si hace sufrir, se ame el sufrimiento, porque cuando se ama no es sufrimiento.»

Otras muchas autoridades respetables pueden citarse en apoyo de esta doctrina. «Amad, decía San Agustín, i haréis lo que queráis.» «El amor, según Pestalozzi, es el único i eterno fundamento de la educación.» I con Pestalozzi, que era todo amor para los niños, conviene una escritora, que algunos tachan de sequedad de corazón, aunque se distingue por su elevado espíritu i como conocedora de la materia, Madama de Maintenon, a la estimación i al respeto como fundamento de la autoridad, agrega el amor de los niños entre los medios de educación; quiere que se les ame para ser amados, condición indispensable para dirigirlos con provecho. Sus cartas contienen multitud de importantes instrucciones i consejos en este sentido. «Comenzad por haceros amar, sin lo que nada conseguiréis.—La máxima de Saint-Cyr es la de comenzar siempre con la dulzura i la razón antes de llegar al rigor.—Emplead la autoridad todo lo menos posible.—¿No es cierto que si desde que estáis aquí i me oís hablar, no me hubiérais amado, si os hubiera inspirado aversión, no hubiérais recibido tan bien todo lo que os he dicho? Esto es cierto, como lo es que las más bellas cosas enseñadas por personas que nos desagradan, apenas nos causan impresión, i de ordinario nos impacientan.»

De los escritos de Madama de Maintenon se infiere, a pesar de los que la juzgan con severidad, que experimentaba placer hallándose en medio de sus discípulas, que reunía una de las prime-

ras cualidades de la maestra, el afecto a las que debía educar, principio recomendado por todos los escritores ilustrados.

El venerable canónigo Overberg, director de la escuela normal de Munster, que tan saludable influencia ha ejercido en Alemania, en su obra, de que se han hecho multitud de ediciones, escrita con tanta inteligencia como sencillez i unción, recomienda a los maestros la caridad para con los niños en estos términos:

«Esta virtud, maestros, es un excelente medio de conservar la dulzura i no impacientarse pronto. Se sufre, en efecto, mejor las cosas del hombre a quien se ama, no se enfada uno fácilmente con él i se hace con gusto cuanto por él se hace.

«El que ha amado verdaderamente a alguno, lo sabe por propia experiencia. Lo contrario sucede cuando se odia a alguno. Por otra parte, la caridad es también el mejor medio de ganar el amor recíproco de los discípulos, i debéis obtenerlo si queréis que escuchen con placer vuestras instrucciones i que las pongan en práctica.

«Avergonzáos de imitar a aquellos maestros indignos que sólo tratan con benevolencia a alguno de sus discípulos por la posición social de sus padres o por los regalos que les hacen. El maestro, guiado por tan mala intención, es, a los ojos de Dios i de los hombres razonables, un sér digno de desprecio. El mismo que le ha ganado con sus presentes, le desprecia en el fondo de su corazón, i si llega la oportunidad se lo echa en cara con estas groseras palabras: «Cuando no se llena bien vuestro bolsillo nuestros pobres hijos lo pagan.» ¿Quién querrá sufrir este reproche, ni aun exponerse a sufrirlo? I un maestro tan parcial, ¿cómo podría sostener la mirada de Dios, juez tan imparcial?

«Debéis amar a vuestros discípulos sin distinción; todos tienen igual derecho a vuestras instrucciones, de todos deberéis dar cuenta ante el tribunal de Dios; por todos reemplazáis a los padres.

«Los motivos que tenéis para amar a todos vuestros discípulos son numerosos: sus almas son la imagen de Dios; ellos, en su mayor parte, se hallan en la inocencia bautismal; poseen hasta

el colmo los preciosos méritos que Jesucristo nos ha conquistado con su muerte. El cielo pertenece a los niños, i si queremos alcanzarlo también nosotros, debemos asemejarnos a ellos. Dios los ama a todos, i de tal modo, que los hace guardar por los ángeles (San Math, 18, 10). Nuestro Señor Jesucristo los toma a su particular protección. Lo que se hace a cada uno de ellos es como si se hiciera a él mismo (ibíd., 5). ¡Con qué afecto los trataba cuando los padres se los presentaban: los abrazaba, les imponía las manos i los bendecía! (San Marc., 10, 13).

«Los pobres deben ser preferidos a los ricos, porque su condición les da mayor semejanza con Nuestro Señor, i por eso debéis ser más amables para un verdadero discípulo de Jesús. ¿No bastan estos poderosos motivos para obligaros a estimar, a amar igualmente a todos vuestros discípulos, ricos i pobres? Ciertamente, maestros, si reflexionáis sobre esto frecuentemente, adquiriréis un amor razonable e imparcial respecto a todos vuestros discípulos, amor que acrecerá a medida que os esforcéis, por amor de Dios i por ellos, en cumplir vuestros deberes i en organizar vuestra escuela lo mejor posible.»

OBEDIENCIA.

De las cualidades del maestro, de que antes se ha hecho mérito, i especialmente del afecto que se ha inspirado a los niños, depende la obediencia, que es la principal i puede decirse la única palanca de la obra de la disciplina, porque comprende asimismo todos los medios de acción, o más bien, es el resultado de todos ellos. Sin obediencia no hai disciplina, ni educación, ni enseñanza posible. «Cuando no tuvierais otra cosa que enseñar a los niños, dice Rousseau, deberíais enseñarles a obedecer.» I observa asimismo juiciosamente Séneca: «El niño que no obedece, manda.»

Consiste la obediencia en ejecutar con prontitud i con gusto lo que legítimamente o por la autoridad competente se manda, aunque cueste trabajo ejecutarlo, sin que por eso pueda decirse que es obediencia ciega, pues tiene sus raíces en el sentimiento del deber. En este sentido debe ejercitarla el maestro para ha-

bituar a ella a los niños desde que se presentan por primera vez en la escuela, i evitar así las advertencias, las reprensiones, los castigos a que de otro modo tendrá que recurrir a cada momento, los cuales producen perturbación constante en la escuela, con disgusto de todos, i distraendo de sus ocupaciones al que manda como a los que han de obedecer.

La sumisión es la primera lei de la escuela i el primer deber de los discípulos. El maestro, por el cargo que ejerce, tiene poder de mando i autoridad para hacer cumplir sus mandatos. Cuando no basta el respeto ni el amor, móviles de la obediencia espontánea, duradera i fecunda, se recurre al temor para obtenerla, aunque sólo sea por el instante, con el propósito de hacerla arraigar en más sólidos fundamentos. La mayoría de los niños se dejan conducir, pero no debe olvidarse que en el fondo de la sangre del hombre hai cierto espíritu de rebelión, i por lo mismo se requiere marchar lentamente, pero sin descanso, como sin violencia, al objeto, por rodeos cuando sea necesario, para lo que se necesita más tacto que ilustración.

La obediencia ha de ser razonada, no ciega, se dice, lo cual es una verdad que suele entenderse e interpretarse mal. El niño que principia sometiéndose por amor, sabe la razón por qué lo hace, lo mismo que sometiéndose luego por deber. La obediencia en uno i otro caso es razonada, i, prestándose libremente, es un acto de libertad, digno i honroso, mientras que el ceder por miedo o a la fuerza revela en cierto modo cobardía.

Compréndese que la obediencia es de todo punto necesaria en la escuela, porque si el discípulo se hace sordo a las prescripciones i advertencias del maestro, si resiste a la voluntad de éste, si no sigue la marcha general establecida, ni es posible el orden, ni los progresos en los estudios, ni en la conducta moral. Habrá lucha entre el maestro i el discípulo, cuyo término no es fácil prever, porque hai niños, hasta los más sensibles i delicados, que tratándolos con dureza se hacen más obstinados i sufren en silencio hasta penosas privaciones, hasta los golpes antes que someterse.

Es asimismo necesaria al niño, a su futuro bienestar, porque habituado a la obediencia no gastará después inútilmente sus

fuerzas, luchando con las contrariedades de la vida, contra los obstáculos que la Naturaleza o las leyes oponen a la libertad ilimitada de sus movimientos. Debe, en efecto, acostumbrarse lo más pronto posible a obedecer a ciertas leyes necesarias que no hai medio de eludir, sino de observarlas respetuosamente o combatirlas con audacia, de que proviene el orden o el desorden. Obedeciendo, adelanta i progresa; si se empeña en resistir, no consigue más resultado que demostrar su debilidad i su impotencia. En la vida se tropieza con miles de obstáculos que se oponen a nuestras esperanzas i ambiciones, i es preciso saber ceder con oportunidad i en ciertos casos con resignación por un acto espontáneo de la voluntad. La independencia absoluta es un sueño. El que no obedece a la lei, obedece a sus pasiones, i todo es obedecer. Obedeciendo a la lei es realmente libre, porque sin traspasarla puede decidirse en varios sentidos según sus aspiraciones, mientras que no sometándose a la autoridad de la razón i de la lei, la voluntad es vaga e indecisa por falta de regla que la dirija.

De las anteriores consideraciones se deduce la necesidad de habituar al niño a la obediencia i al respeto en interés de él mismo, i en interés del maestro para ahorrarse trabajo i facilitar el resultado de sus tareas. Una reunión de niños de diferente edad, instrucción, capacidad, inclinaciones i carácter no puede conservar el orden ni ser dirigida sin la obediencia.

La obediencia por amor al maestro, por amor a la obediencia misma, es el ideal a que debe tenderse. En todas las escuelas habrá niños que se inspiren en este noble móvil i otros a quienes sea fácil conducirlos al mismo camino. Lo que importa es arrastrar a la mayoría. Ya se ha dicho antes que el afecto del maestro conquista el de sus discípulos. Los niños, en verdad, tienen varios defectos, pero no se corrigen muchas veces por culpa del maestro, que, encontrándolos habituados a la desobediencia, se habitúa también a imponer un castigo por cada falta, i como éstas se repiten, los castigos son frecuentes. Acaso con un poco de paciencia, con algunas palabras afectuosas, con algunos estímulos, el discípulo se hubiera rehabilitado. Cuando esto no basta es cuando debe acudir a la corrección, porque

la autoridad del maestro no consiste principalmente en el derecho de castigar.

Como medio de facilitar la obediencia es lo primero mandar tan sólo lo que sea razonable i necesario. Muchas órdenes sin importancia, que por ser muchas a veces se contradicen, causan fatiga i disgusto, suscitan dudas, i las unas hacen olvidar las otras.

Las órdenes difíciles, i más aún las imposibles de ejecutar, fomentan i justifican la desobediencia. Cuando a uno se le impone un trabajo superior a su alcance o que exige grandes esfuerzos, después de los primeros ensayos i tentativas para ejecutarlo, se desanima i concluye por abandonarse a pesar de sus mejores deseos i la voluntad de ejecutarlo.

Para que no pueda presentarse excusa, el mandato, como la prohibición, debe hacerse en términos claros i precisos, en tono afectuoso i formal o grave a la vez, de modo que se descubra sin género alguno de duda, la decisión de hacer cumplir lo ordenado, que es el medio de que haga impresión i sea eficaz. Con los niños adelantados caben explicaciones, como ya se ha dicho en otro lugar, siempre que no se tome como debilidad, pero con los que no se hallan en el caso de apreciar las razones en que se apoya lo que se manda, la obediencia debe fundarse únicamente en el cumplimiento del deber i en el respeto a la autoridad.

Por motivos justificados podrá modificarse o dejarse sin efecto una orden, pues el maestro es árbitro en darla o modificarla, según convenga. No debe, sin embargo, cederse, cuando no halla razón plausible, a los ruegos, a las súplicas, ni al llanto de los discípulos, porque de este modo se debilitaría la autoridad.

Mandada o prohibida una cosa, es preciso observar si se cumple, pues la falta de este cuidado es una tentación a la desobediencia, i, sin embargo, esto es un defecto mui común en las escuelas. Por ligereza i atolondramiento los niños interrumpen los ejercicios para conversar o jugar con sus compañeros, hacen ruido, promueven el desorden, i el maestro, ocupado en diversas atenciones a un tiempo, llama mil veces al orden i al silencio, que se restablecen por un instante para volver pronto a la

confusión, si el maestro no sabe dominar la clase. Los niños se habitúan así a hacer poco caso de la voz del maestro, i no queda a éste otro recurso que apelar a los ruegos, a las amenazas i a los castigos para obtener una obediencia pasajera. El remedio consiste en vigilar la sumisión a la regla establecida i a las disposiciones adoptadas para que se persuadan los niños de que no pueden burlarlas impunemente.

Esta vigilancia, necesaria siempre como medio de prevenir las faltas, o como disciplina preventiva, no consiste en una inspección recelosa, modesta e irritante, sino más bien en una inspección protectora, con objeto de auxiliar al que lo necesita i contener al que se extralimita. Como la autoridad no consiste sólo en castigar, la vigilancia tampoco se propone poner de relieve hasta las faltas más ligeras e insignificantes, cuando muchas veces el mejor remedio sería apartar o cerrar los ojos para no verlas. Si el maestro observa constantemente lo que pasa en la clase, que es a lo que se reduce la vigilancia, el discípulo comprende que no puede obrar mal sin que se advierta i sin que incurra en pena. Esta vigilancia continua es penosa, física i moralmente, pero sin quererlo el maestro se hace en cierto modo cómplice de la desobediencia si no emplea todos los medios posibles para prevenirla.

Debe mandarse con conocimiento, en tiempo oportuno, lo que sea necesario i hacedero; pero una vez mandado es menester que se cumpla con exactitud. Si el cuidado que esto exige obliga a una vigilancia i a una paciencia infatigable, mayores fatigas i disgustos produciría el desorden i confusión, que serían necesaria consecuencia del descuido en esta parte.

Se ha dicho que el rigor i la severidad deben armonizarse con la indulgencia, i que el afecto i amor de los niños es el recurso más eficaz para obtener una sumisión duradera; pero es preciso que la indulgencia no se traduzca como debilidad. El maestro debe amar a los niños, pero sin perder nada de su autoridad, así como los niños deben amar al maestro sin faltar al respeto, que es la base de la obediencia. Como no hai igualdad entre el padre i el hijo, tampoco debe haberla entre el maestro i el discípulo. Se manda con bondad i benevolencia, sin consentir que

se discuta lo mandado ni que deje de cumplirse exactamente, pues la autoridad no debe transigir nunca, a menos de motivos muy fundados. Una vez que prevalezca esta idea, mucho se ha adelantado, i todo marchará bien, excusándose muchas quejas i reclamaciones.

El señor Montesino, tan competente en estas materias, aconseja para habituar a la obediencia, lo siguiente:

«Para que el maestro pueda trabajar con fruto cuando trata de acostúbrar a los niños a la obediencia, deberá en primer lugar fomentar los sentimientos que forman la base de esta virtud o buena cualidad; deberá ganar su confianza por los medios indicados. Cuando sea necesaria la obediencia no deberá exigirse de pronto con el precepto, sino con la dulce persuasión. Si el niño que acaba de ser admitido en la escuela se resiste los dos o tres primeros días a tomar parte en los ejercicios o en los juegos de los demás, será imprudente insistir en que la tome, pues sería inducirle repugnancia a la escuela. No pasando jamás tres o cuatro días sin que ellos concurren espontáneamente a cuanto hacen sus compañeros, bastará que el maestro se muestre contento de esta resolución i le anime, para que venga a ser éste uno de los medios de inclinarle a que progresivamente se vaya prestando con mayor gusto a sus insinuaciones. Estas pueden ser cada vez más expresivas i terminantes, nunca imperiosas. Mas una vez en este camino, el maestro debe evitar con mucho cuidado el riesgo de que le desobedezcan, i debe pensar mucho lo que manda i cómo lo manda; no mandar sino aquello que es de fácil ejecución, i mandarlo con expresiones afectuosas i persuasiones de que aquello es necesario, i está bien al niño que ha de obedecer.

«Hai algunos niños cuyo carácter está viciado ya, o cuya constitución física es más irritable, que se prestan con mayor dificultad a la obediencia, i en quienes está tan marcada la obstinación en la tierna edad de concurrir ordinariamente a las escuelas, que ponen a prueba la paciencia del maestro. Este vicio, que Locke consideraba como el mayor obstáculo para la educación, no debe, en nuestro concepto, combatirse directa i ostensiblemente; antes bien la gran habilidad del maestro ha de

consistir en irlo desarraigando, sin que el niño perciba que hai empeño en contrariarle; pues suele en este caso aumentar su terquedad. Siéntate, levántate, una i otra vez; ven aquí; ve allí; trae esto o aquello; i de este modo otros encargos frecuentes, hechos con agrado, como una muestra de confianza i sin aparente estudio, irán insensiblemente sometiendo su voluntad. En algunos párvulos, en quienes la obstinación no parece estar mui arraigada, i cuyo carácter no era demasiado inflexible e irritable, hemos visto emplear directamente este medio con buen éxito. Luego que ofrecían resistencia a obedecer, se les mandaba sentar por tres, cuatro o más veces seguidas, i esta ligera pena, impuesta como tal, corregía en pocas lecciones este vicio reciente.»

ACTIVIDAD I OCUPACIÓN.

Entre los instintos dominantes, innatos en el niño, uno de ellos, de grande importancia i trascendencia, es la actividad. No se requieren profundos estudios, no hace falta haber conocido los rudimentos de la pedagogía para descubrirlo, porque es un hecho que está a la vista, apreciable hasta por las personas de menos ilustración i cultura. El niño se mueve i agita sin cesar, interroga, imita cuanto ve ejecutar, i no se da un momento de reposo. Esa movilidad incesante contrasta notablemente con la tendencia a la tranquilidad i la calma de la edad madura. Ese instinto, ese impulso irresistible del niño al ejercicio de todas sus fuerzas i facultades es indispensable para su desarrollo físico, i de los rápidos progresos hechos en los primeros años en el lenguaje materno i en el conocimiento de los objetos sensibles i aun de cosas puramente espirituales, trabajo misterioso, tanto más sorprendente cuanto más despacio se estudia. Ese impulso al movimiento, al ejercicio, es una necesidad de la vida del cuerpo i de la vida del espíritu, necesidad a que debe atenderse para sostenerla i dirigirla de una manera útil i provechosa.

Hace próximamente dos siglos que una mujer ilustre, de elevado espíritu i de grande experiencia, de quien ya se ha hecho mérito antes, Madama de Maintenon, decía a las profesoras de

su *colegio de Saint-Cyr*, en las *Cartas sobre la educación de las niñas*: «No las dejéis jamás ociosas, vale más que jueguen que no que estén sin hacer nada: la ociosidad i las conversaciones entre ellas es lo peor que puede haber. Hacedlas pasar de un ejercicio a otro, i cuidad que en las horas de recreo se entretengan en juegos en que todas tomen parte.» I antes, mucho antes que Madame de Maintenon, decía el adagio, o más bien la sentencia moral: *La ociosidad es la madre de todos los vicios*.

Sostener i fomentar la actividad del niño, encaminándola a saludables fines, es el deber del educador, pues que todo el arte i todo el secreto de la educación i la enseñanza consiste en dar conveniente aplicación, de que depende asimismo la buena disciplina, tanto en el orden material como en el más elevado sentido, en la escuela i fuera de la escuela, en todas las relaciones de la vida pública i privada. Ocupando la actividad del niño en objetos útiles se inspira afición i se habitúa al trabajo, tesoro de valor inapreciable, como origen de la riqueza i de la moralidad. El trabajo conviene i es necesario a todos sin excepción. Para unos, es condición indispensable de la existencia. Para todos es un medio de los más eficaces para calmar las pasiones, para atenuar, si no olvidar, los disgustos i contratiempos de la vida, i pasar agradablemente las horas que son largas, aburridas i expuestas siempre a malos pensamientos i censurables actos, en la incuria, la indolencia i la pereza.

Como es natural en el niño la actividad, lo es también la inconstancia. Principia con ardor una ocupación o un trabajo; pero al primer impulso, sucede pronto la indiferencia i no tarda en seguir el disgusto i el hastío. Los maestros pueden observarlo a todas horas. Un niño aprende a distinguir algunas letras en la primera lección, i no hai medio de hacerle fijar en la siguiente, en las que desconoce; distingue acaso todas las letras del alfabeto, en una o dos lecciones, i todas las fuerzas son inútiles por algún tiempo para hacerle distinguir las sílabas. Se le adelanta en la escritura o en la aritmética, i satisfecho, emprende nuevo ejercicio, de que desiste pronto; contempla con satisfacción el nuevo cuaderno, lo cuida dos o tres días, i luego lo mira con cierta indiferencia, i de seguro en las últimas páginas

no aparece el mismo cuidado que en las primeras. Otro tanto sucede a la niña. Principia una labor hasta con entusiasmo, i a las primeras dificultades se desanima i se disgusta de aquel trabajo.

I esto no sucede sólo en las ocupaciones serias, sino hasta en los mismos juegos, que varían con frecuencia, i en otras ocupaciones que ellos mismos se imponen. El niño toma un libro, lee las primeras páginas o los primeros renglones, i si no le interesa desde luego, pasa a otra página i otra, si no lo cierra pronto sin darse cuenta de lo que ha leído. Una niña quiere vestir a su muñeca; emprende el trabajo con empeño i alegría, se impacienta por las dificultades con que tropieza, quiere concluir pronto la obra, i rara vez llega a su término, si a ello no se la excita.

Cuando se considera que en todo encuentran tropiezos i dificultades los niños, por el escaso vigor i consistencia de sus fuerzas i facultades i que están dominados por una curiosidad irresistible, sostenida por su misma ignorancia, porque todo ofrece para ellos variedad, no debe sorprender la ligereza, el aturdimiento con que pasan de un asunto a otro asunto, sin dar la última mano a ninguno de ellos. Pero si esto es natural, propio de la edad, no por eso debe descuidarse, porque el que se habitúa desde la infancia a no terminar ningún trabajo, necesariamente se resentirá de este mismo defecto en lo sucesivo, desanimándose ante las dificultades con que necesariamente habrá de tropezar, resignándose a pasar la vida en el desorden i confusión, sin terminar nada por completo.

Para combatir esta natural propensión, el maestro debe acomodar el trabajo de los niños a la capacidad de éstos, no exigir por largo tiempo la tensión del espíritu, ayudarles a vencer las dificultades, cuidando que terminen los trabajos que son capaces de ejecutar, excitando i sosteniendo la atención, interesando la inteligencia, haciéndoles comprender las ventajas que han de obtener de su aplicación.

El director de una escuela normal suiza, M. Paroz, se expresa acerca de la ocupación o el trabajo de los alumnos de las escuelas en éstos términos:

«1° La ociosidad, dice el proverbio, es la madre de todos los

vicios. Por el contrario, otro dice: trabajar equivale a orar, i sin admitir en toda su extensión lo que estas palabras afirman, podemos decir sin exageración que encierra el trabajo una considerable fuerza moralizadora. Trabajar es someterse a una de las leyes de la existencia consagrada por la religión. Trabajaréis seis días i completaréis la obra. I la observancia de una lei moral lleva consigo una bendición. El maestro debe, por tanto, ver en el trabajo un poderoso medio de moralización, i con doble motivo de disciplina, i debe emplear todos sus esfuerzos en ocupar bien a sus discípulos e inspirarles amor al trabajo.

«2° Las principales reglas para hacer amar el trabajo de la escuela a los discípulos, son las siguientes:

«a) El maestro debe mostrar en la escuela su amor al trabajo, porque el celo es contagioso. Cuando el maestro se dedica completamente a su deber, los discípulos son arrastrados ordinariamente por el celo que manifiesta, i en el corazón de éstos se inflama el amor al estudio.

«b). Debe preparar las lecciones i poner la enseñanza al alcance de sus discípulos. Una buena enseñanza contribuye poderosamente, como ya se ha dicho, a hacer amar la escuela por los niños.

«c). Una cosa esencial en el trabajo es la regularidad i la exactitud. Procurará el maestro que los niños concurren a la escuela a hora fija, que el plan de horas se siga regularmente, i que todas las cosas se hagan en su tiempo i con exactitud. La tibieza o flojedad por parte del maestro produce el desorden, i por consiguiente, la indisciplina.

«d). El maestro no debe contentarse con ocupar a los niños en la escuela, sino que debe darles tarea para desempeñarla en casa. Debe, sin embargo, aconsejarse para esto de las circunstancias locales; la escuela no debe impedir que los padres ocupen a los hijos en los trabajos domésticos, sino limitarse a llenar el vacío que dejen los padres.

«3° No se aprecia bastante el valor que tienen para el porvenir del niño los hábitos de trabajo contraídos con la asistencia regular i prolongada de la escuela. El niño que durante muchos años consecutivos se ha sujetado al trabajo i disciplina de